



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 31 (2025)

UN CONFLICTO SOCIAL, PROFESIONAL Y TERRITORIAL: EL I MARQUÉS DE CASA-TILLY EN LA CONQUISTA Y OCUPACIÓN ESPAÑOLA DE SANTA CATALINA (1776-1778)

Ana-Rosa NIETO-CERVANTES

(Universidad de Murcia)

<https://orcid.org/0009-0006-9576-248X>

Recibido: 24-6-2024 / Revisado: 9-1-2025

Aceptado: 30-10-2024 / Publicado: 10-9-2025

RESUMEN: En 1776, tras cuarenta y nueve años al servicio de la Corona en la Real Armada española, al I marqués de Casa-Tilly se le presentó una de las mejores oportunidades para realizar su trayectoria socioprofesional: comandar la escuadra en la expedición de conquista y ocupación de la isla de Santa Catalina. Con el paso de los meses, lo que comenzó siendo la mayor campaña naval que cruzaba el Atlántico desde España a punto estuvo de convertirse en el motivo de la volatilización del honor, mérito y virtud de uno de los marinos más ilustres del siglo XVIII. En este estudio analizamos los múltiples conflictos que el I marqués de Casa-Tilly mantuvo con su superior, Pedro Cevallos, durante la misión y las numerosas acusaciones que alentaron la celebración de un Consejo de Guerra y pusieron en jaque su futuro y el de su linaje.

PALABRAS CLAVE: I marqués de Casa-Tilly, Pedro Cevallos, Santa Catalina, Consejo de Guerra, siglo XVIII.

A SOCIAL, PROFESSIONAL AND TERRITORIAL CONFLICT: THE I MARQUIS OF CASA-TILLY IN THE SPANISH CONQUEST AND OCCUPATION OF SANTA CATALINA (1776-1778)

ABSTRACT: In 1776, after forty-nine years of service to the Crown in the Spanish Royal Navy, the 1st Marquis of Casa-Tilly was presented with one of the best opportunities to enhance his socio-professional career: the command of the squadron in the expedition of conquest and occupation of the island of Santa Catalina. As the months passed, what began as the largest naval campaign that crossed the Atlantic from Spain almost became the reason for the volatilization of the honor, merit and virtue of one of the most illustrious sailors of the 18th century. In this study we analyze the multiple conflicts that the 1st

Marquis of Casa-Tilly had with his superior, Pedro Cevallos, during the mission and the numerous accusations that encouraged the holding of a Council of War and put his future and that of his lineage in check.

KEYWORDS: I marquis of Casa-Tilly, Pedro Cevallos, Santa Catalina, Council of War, 18th century.

INTRODUCCIÓN

623 días. Este fue el tiempo que duró la participación de Francisco Javier Everardo-Tilly, I marqués de Casa-Tilly, en una de las campañas de conquista y ocupación más ambiciosas de la monarquía hispánica durante la Edad Moderna y que puso en jaque su proceso de promoción socioprofesional: la isla de Santa Catalina (1776-1778).

El miércoles 13 de noviembre de 1776 salió del puerto de Cádiz una escuadra naval rumbo a solucionar el persistente conflicto fronterizo entre España y Portugal en la zona septentrional del Río de la Plata. Para entonces, los portugueses llevaban varias décadas tratando de extender sus dominios por toda la Banda Oriental del sur de América y los españoles estaban intentando dominar las riberas del estuario y expulsarlos de Colonia Sacramento.

Siete meses antes, en abril de 1776, Portugal reconquistó el territorio del Río Grande de San Pedro y Carlos III y sus ministros comenzaron a plantear la necesidad de recuperar los territorios americanos usurpados por sus vecinos peninsulares. Para lograrlo, iniciaron la organización de la mayor campaña militar que nunca antes había cruzado el Atlántico desde España (Rico Bodelón, 2013: 23).

Tras las calamitosas derrotas de Carlos III en las playas de Argel en 1775, la expedición al sur del continente americano se convirtió en, si no el mayor, uno de los grandes retos del reinado del «mejor alcalde de Madrid». En esta investigación reparamos en uno de los aspectos más cruciales de esta campaña y que a punto estuvo de costarle la carrera socioprofesional a uno de sus protagonistas, hablamos de los desencuentros entre Pedro Cevallos, comandante jefe, y el I marqués de Casa-Tilly, comandante de la escuadra naval. Al deseo del monarca de recuperar lo perdido se unió el de que sus comandantes colaborasen «con la buena precisa fe», pero solo el primero de ellos se cumplió (Beverina, 1977: 170).

Teniendo todo lo anterior en cuenta, los objetivos principales de nuestra investigación son examinar los hitos principales de la expedición española a la isla de Santa Catalina a través de la figura de Francisco Javier Everardo-Tilly, I marqués de Casa-Tilly; analizar los motivos que desencadenaron sus desavenencias con Cevallos durante los casi veintiún meses que duró la campaña; ahondar en el desarrollo de estos conflictos y en cómo afectaron a la tropa y, por último, identificar qué consecuencias le trajeron a Casa-Tilly las graves acusaciones que se hicieron sobre su persona. Con todo ello pretendemos dar respuesta a las preguntas: ¿qué papel jugó el marqués en la expedición de Santa Catalina?, ¿qué actitud mantuvo durante la campaña?, ¿cómo surgieron, se desarrollaron y se solucionaron las disputas que protagonizó?, ¿qué repercusión tuvieron en su trayectoria socioprofesional?

Historiográficamente, la campaña naval que dio lugar a la ocupación de la isla de Santa Catalina ha sufrido una notable evolución desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. En España, a pesar de ser una de las expediciones más relevantes del siglo XVIII, no fue objeto de ningún estudio específico hasta bien entrado el siglo XX. Hasta entonces, las únicas investigaciones que trataban el tema lo hacían incluyéndolo como un capítulo

más en la historia de la creación del virreinato del Río de la Plata o de los hitos profesionales de Cevallos. Entre estos historiadores podemos destacar a Daniel Carballo (1869), Filemón Arribas (1930), Juan Beverina (1936) y Enrique Arana (1937). El inconveniente de esta etapa historiográfica radica en que la mayoría de autores que la conforman consultaron las mismas relaciones de la conquista y dejaron de lado cuestiones tan relevantes como la toma de la isla por parte de los españoles o la devolución de la misma en el tratado de San Ildefonso (1777).

Desde mediados del siglo xx, esta situación fue revertida gracias a una nueva generación de historiadores que comenzaron a emplear fuentes documentales inéditas y prestaron especial atención a ciertos aspectos que hasta ese momento habían pasado desapercibidos y que resultan de gran relevancia, como las relaciones sociales entre los oficiales y los continuos conflictos entre los comandantes. En estos estudios destacan investigadores como Sanz Tapia (1994), quien, a pesar de no consultar en profundidad las fuentes brasileñas y lusas, citó todas las obras españolas en las que se había tratado la pugna limítrofe y dedicó gran parte de su producción científica a la figura de Cevallos; Ricardo Lesser (2005), quien a través del manejo de fuentes secundarias expuso en su producción científica los enfrentamientos más sonados durante la campaña, pero apenas ahondó en la conquista de la isla y, por último, Rico Bodelón (2013), en cuya tesis doctoral realiza un análisis diacrónico de la guerra hispano-portuguesa centrándose en la ocupación española de Santa Catalina. El empleo de fuentes primarias inéditas, tanto españolas como portuguesas y brasileñas, le ha permitido a este autor aportar un nuevo conocimiento sobre la dinámica conflictiva de la Banda Oriental del sur de América y las relaciones entre la población de la isla y los militares españoles.

No podemos olvidarnos de los historiadores brasileños y portugueses, cuya labor historiográfica sobre la dominación española ha quedado más que demostrada a lo largo de los siglos. El primer estudio lusófono en esta línea nació de la mano de Feliciano Fernandes Pinheiro (1839), quien al reeditar su obra *Anais da Província de São Pedro*, incluyó un capítulo dedicado a Santa Catalina. No obstante, este autor consultó una relación escrita en lengua castellana y confió plenamente en ella sin contrastar la información con otras fuentes, lo que le llevó a cometer algunos errores que han persistido en la historiografía durante décadas. En el siglo xx destacaron los estudios de Maria de Fátima Fontes Piazza (1978), Walter Piazza (1983), Carlos da Costa Pereira (1984) y Oswaldo Rodrigues Cabral (1987), entre otros. En los últimos años, los artículos, capítulos y libros sobre la expedición se han visto incrementados exponencialmente gracias historiadores como Viera Filho (2001), Antônio Miranda (2004) y Adriana Angelita da Conceição (2008).

Por consiguiente, si la campaña naval que dio lugar a la conquista de Santa Catalina y su posterior ocupación ha sido estudiada, en mayor o menor profundidad, desde hace décadas: ¿cuál es la contribución original de esta investigación? La singularidad de nuestro trabajo radica en estudiar este hecho histórico a través de la figura del I marqués de Casa-Tilly, ubicándolo en el marco de su trayectoria socioprofesional y haciendo especial hincapié en los conflictos que protagonizó y las repercusiones socioprofesionales a las que tuvo que hacer frente. A su vez, nuestro enfoque concibe las relaciones sociales como la base del sistema social, por lo que consideramos que su estudio nos va a permitir observar el conjunto de vínculos de los individuos, detectar sus conexiones con diferentes espacios, descubrir sus configuraciones y valorarlo en su contexto más amplio. Es decir, nuestra pretensión es abordar la relación de Francisco Javier Everardo-Tilly con Pedro Cevallos desde su salida de Cádiz en 1776 hasta su regreso al puerto gaditano en 1778 desde una perspectiva sociorrelacional y enmarcada en el contexto en el que se desarrolla.

La estrategia metodológica que hemos planteado se encuadra en tres de las áreas que más atención están captando de los historiadores en las últimas décadas: la Historia Social, la Historia Política y la Historia Militar. Estas tres disciplinas nos han permitido dotar al conflicto bélico y a sus protagonistas de un enfoque social, analizando las relaciones entre militares y examinando sus consecuencias en la sociedad (Martínez Ruiz y Pi Corrales, 2002: 154). En este sentido, las potencias que nos han resultado claves y que ocupan un lugar preferencial en nuestra investigación son el análisis de redes sociales, el examen de trayectorias profesionales y el análisis de las campañas militares. A su vez, las fuentes primarias que nos han posibilitado la realización este estudio social son, principalmente, documentos primarios españoles, brasileños y portugueses en los que destacan las relaciones, cartas y diarios de navegación de los oficiales del Ejército y de la Marina que participaron en la expedición.

ANTECEDENTES DE LAS CONTIENDAS TERRITORIALES, SOCIALES Y PROFESIONALES

La Guerra de los Siete años (1756-1763) entre Francia y Gran Bretaña dio comienzo a una de las etapas más convulsas de la Historia Moderna. España se mantuvo neutral a pesar de las presiones de Inglaterra, pero en 1759 la situación política adquirió un carácter más belicista y colonial con el fallecimiento de Fernando VI y la sucesión en su hermano Carlos III.

Si bien es cierto que los conflictos bélicos entre España y Portugal se remontan más atrás en el tiempo, en esta investigación ubicamos el inicio de los enfrentamientos fronterizos entre ambos territorios en la Banda Oriental del sur de América en el año 1761. En ese momento Francia se encontraba más cerca de perder la guerra que de ganarla y los españoles estaban sufriendo continuos ataques de los corsarios ingleses. Ante el temor de que Gran Bretaña resultase victoriosa y el equilibrio del poder en Europa se viese alterado, Carlos III se vio abocado a firmar el tercer Pacto de Familia con el monarca francés. Cuando los ingleses recibieron esta noticia en enero de 1762 declararon la guerra a España, comenzaron a hostigar a los territorios coloniales españoles y dotaron a la guerra de un carácter global al atacar, a la vez, el continente asiático y el americano (Piñero, 2021: 31). La situación comenzó a ser insostenible, a tal punto que Carlos III decidió rearmarse y otorgar el mando del ejército americano a uno de los militares con mayor experiencia: Pedro Antonio Cevallos Cortés y Calderón, en ese momento gobernador de Buenos Aires.

Pedro Cevallos había nacido cuarenta y siete años antes, el 29 de junio de 1715, en Cádiz. Sus padres, Juan Antonio Cevallos y Juana Cortés, fallecieron prematuramente, dejándolo completamente huérfano antes de cumplir los nueve años. Con quince años decidió trasladarse a Madrid, donde ingresó en el Seminario de Nobles de la Corte y, más tarde, en el Regimiento de Órdenes de Cataluña (Barba, 1937: 29-32). En su primera etapa profesional combatió en la Guerra de Sucesión polaca (1730-1737), organizó el Regimiento de Infantería de Órdenes, recibió numerosos ascensos como los de coronel de regimiento, brigadier o mariscal de campo y le fueron otorgadas importantes concesiones como el hábito de caballero de la Orden de Santiago y las encomiendas de Sagra y Senet. Uno de los hitos más relevantes de su trayectoria sucedió en 1757 cuando fue designado gobernador de Buenos Aires. A partir de ese momento puso todos sus esfuerzos en perseguir el contrabando y neutralizar la amenaza portuguesa (Bracco Nahson, 2008: 83).

A finales de septiembre de 1762, ya al mando del ejército de Carlos III en Buenos Aires, Cevallos comenzó a preparar diversos ataques a la colonia portuguesa de Sacramento, Uruguay y Brasil. Tras la derrota final, ambas potencias firmaron el Tratado de París

(1763), el cual obligaba a España a devolver los territorios conquistados. Sin embargo, Cevallos se negó a restituir Guardia do Norte y la villa de Río Grande.

En los planes del marqués de Pombal, primer ministro portugués, no estaba el dejar que España se quedase con estos dominios y durante los siguientes años impulsó varios ataques contra ellos (Rico Bodelón, 2013: 195). Carlos III, ante el temor de que Gran Bretaña interviniese en el conflicto, tomó una actitud más diplomática que belicista y comenzó a preparar las negociaciones para la paz con Portugal. Empero, los planes de conciliación se truncaron en junio 1776, cuando llegó a Madrid la noticia de que los portugueses habían tomado los territorios de la ribera derecha de Río Grande de San Pedro (Gil Munilla, 1949: 301).

Portugal no solo había recuperado los territorios ocupados por Cevallos en 1763, sino que había dejado al monarca español en una humillante posición, ya que él mismo había dado órdenes de cesar las hostilidades contra los portugueses y defendía la imperiosa necesidad de firmar un acuerdo de paz con ellos. Carlos III había sido burlado y no tenía la intención de dejarlo pasar (Carballo, 1869: 363).

Ahora, con la certeza de que Gran Bretaña no iba a involucrarse en esta lucha a favor de Portugal por estar más pendiente de la rebelión de las colonias norteamericanas y ante el temor de que las defensas de Montevideo, San Carlos y Buenos Aires fueran atacadas, el monarca español activó los mecanismos para mandar una expedición que castigara y pusiera fin a las continuas afrentas portuguesas en América del Sur.



Fig. 1. Mapa de la Banda Oriental, Río de la Plata y sur de Brasil (siglo XVIII).
Fuente: elaboración propia.

Lo primero que debía estar claro eran los objetivos de la campaña. Para ello, a principios de julio de 1776 se realizó un borrador con las primeras instrucciones que el comandante (puesto todavía vacante) debía seguir. En él figura la necesidad de recuperar los territorios perdidos y conquistar otros, teniendo como primer eslabón la conquista

de Santa Catalina.¹ Sin embargo, no todo el mundo estaba de acuerdo con la decisión de atacar en primer lugar esta isla. Uno de los detractores fue Pedro Cevallos, quien defendió que emprender la conquista en este lugar podría ser un error fatal, ya que no tenían noticias recientes de su estado defensivo y temía que hubiera sido reforzado por los portugueses. En su opinión, era más acertado ir primero a Montevideo.²

La jefatura de la expedición siguió desierta hasta finales de julio de 1776 cuando, tras una reunión con Carlos III, Pedro Cevallos fue investido comandante general. No es de extrañar que fuera él el elegido, ya que a sus espaldas llevaba incontables combates al servicio de la Corona y un punto muy a su favor era su gran conocimiento del Río de la Plata por haber sido gobernador durante una década y haber participado en la campaña de 1762-1763 (Sanz Tapia, 1994: 73-74). No conocemos los detalles de este encuentro, pero lo cierto es que, tras su celebración, Cevallos cambió de parecer y apoyó fervientemente la necesidad de atacar primero la isla de Santa Catalina, lo cual sería de gran relevancia en los acontecimientos posteriores.

Carlos III, además de dotar a Cevallos de la máxima autoridad durante la expedición, creó el virreinato del Río de la Plata y lo nombró virrey, gobernador y capitán general de las provincias de este territorio (Sanz Tapia, 1983: 474). Un hecho reseñable de esta decisión es que se hizo en completo secreto y a espaldas del Consejo de Indias. A Pedro se le encomendó la tarea de dar a conocer la noticia una vez que la escuadra hubiera rebasado el archipiélago canario (Beverina, 1936: 167-168).

Cada vez estaba más cerca la fecha de salida de la expedición y los objetivos ya habían sido plenamente establecidos: conquistar la isla de Santa Catalina, recuperar los territorios de Río Grande de San Pedro, ocupar Colonia Sacramento, anular su puerto e invadir otros territorios en la costa de Brasil. Además, el jefe de la expedición tenía total libertad para empezar las operaciones de campaña por donde considerase más conveniente.³

En las reuniones previas a la partida de la escuadra se tomó otra gran decisión: quién sería su comandante. Fue entonces cuando el ministro de Marina, Pedro González de Castejón, defendió la conveniencia de otorgar el mando naval a Francisco Javier Everardo-Tilly y García de Paredes, teniente general de la Real Armada y 1 marqués de Casa-Tilly (Rico Bodelón, 2013: 269).

Para ese momento, Francisco Javier tenía sesenta y cuatro años y había dedicado cuarenta y nueve de ellos al servicio en la Real Armada española. Procedente de una familia de baja nobleza de Huelva (Andalucía), en 1727 decidió dar su primer paso profesional sentando plaza en la Academia de Guardias Marinas de Cádiz. Comenzaba así uno de los procesos de promoción socioprofesionales más destacados de la España dieciochista.

En sus primeros años participó en importantes campañas navales contra los berberiscos y haciendo el corso, lo que le supuso continuos ascensos como el de teniente de fragata y teniente de navío (Nieto Cervantes, 2024: 45). Sería ya a mediados de la década 1740 cuando fue destinado al Departamento marítimo de Cartagena del Levante, donde terminaría estableciendo su residencia y contrayendo matrimonio con María Teresa Panés y González de la Reguera, con la que tendría dos hijas: María Pascuala y María Francisca.⁴

En los siguientes años, los méritos cosechados durante toda su trayectoria socioprofesional comenzaron a dar sus frutos, muestra de ello es la concesión del hábito de caballero de la Orden de Santiago en 1756⁵ y el título de 1 marqués de Casa-Tilly en 1761 en aras de

¹ Archivo General de Simancas (AGS), Sección Guerra Moderna, leg. 6836, exp. nº 139.

² AGS. Sección Guerra Moderna, leg. 6836, exp. nº 144.

³ AGS. Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. nº 27; Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. nº 28.

⁴ Archivo General de la Región de Murcia (AGRM), Familias, leg. 58178, exp. nº 2.

⁵ Archivo Histórico Nacional (AHN), Órdenes Militares Caballeros de Santiago, exp. nº 2806.

su buen hacer profesional.⁶ Continuando con la línea ascendente de su proceso de promoción, Francisco Javier siguió comandando exitosas expediciones por el Atlántico y el Mediterráneo, lo que le llevó a conseguir el ascenso a teniente general de la Real Armada (Ortega del Cerro, 2022: 118). En junio de 1776, inmerso en su desarrollo profesional, el marqués recibió una gran oportunidad para poner el broche de oro a su carrera: comandar la mayor escuadra naval que jamás antes había navegado rumbo a América del Sur.

TRAVESÍA HACIA SANTA CATALINA. PRIMEROS DESENCUENTROS

El 13 de noviembre de 1776 fue la fecha elegida para que la expedición saliera del puerto de Cádiz rumbo a recuperar el honor y el prestigio que la monarquía española consideraba que había perdido en territorio americano. La escuadra estaba compuesta por 9.850 hombres, 116 embarcaciones, de las cuales 20 eran buques de guerra y 96 de transporte. Al mando de la caballería, con 642 hombres a su cargo, estaba el coronel Plácido Graell. El Real Cuerpo de Ingenieros, compuesto por 7 oficiales, lo lideraba Ricardo Ailmel. El Real Cuerpo de Artillería, conformado por 148 hombres, estaba dirigido por el brigadier Rudesindo Everardo-Tilly, hermano de Francisco Javier Everardo-Tilly.⁷ Hasta el momento era la mayor campaña en cuanto a número de barcos y soldados mandados al sur de América.⁸

La composición de la escuadra y el ejército fue la siguiente:

ESCUADRA NAVAL	
NAVÍOS	CAPITANES
<i>Monarca Almirante</i>	Pedro Trujillo
<i>San Dámaso</i>	Francisco de Borja
<i>El poderoso</i>	Juan de Lángara
<i>Septentrión</i>	Antonio Osorno y Funes
<i>América</i>	Antonio Osorno y Herrera
<i>San José</i>	Francisco de Bances
FRAGATAS	
<i>Santa Margarita</i>	Edmundo Linch
<i>Santa Teresa</i>	Basco Morales
<i>Santa Clara</i>	Pedro de Cárdenas
<i>Santa Rosa</i>	José de Castejón
<i>Venus</i>	Gabriel Guerra
<i>Liebre</i>	Miguel Maestre
<i>Júpiter</i>	Nicolás Estrada
CHAMBEQUÍN	
<i>Andaluz</i>	Benito de Lira

⁶ AGRM, Protocolo notarial, leg. 6085, ff. 445r-445v.

⁷ AHN, Diversos colecciones, leg. 32, n° 24, ff. 1r-2v; Órdenes Militares Caballeros de Santiago, exp. n° 2807.

⁸ La única expedición que puede ser considerada superior es la británica de 1982 para recuperar las islas Malvinas (Bertocchi Morán, 1997: 22).

PAQUEBOTES	
<i>Guarnizo</i>	Sebastián Apodaca
<i>Marte</i>	Antonio de Córdoba Laso
BOMBARDAS	
<i>Santa Eulalia</i>	Julián de Retamosa
<i>Santa Casilda</i>	José Angeler
BERGANTÍN	
<i>Hoop</i>	Andrés de Llanos
SAETÍA	
<i>Santa Ana</i>	José Justo Salcedo

EJÉRCITO	
	MANDO
Brigada I	Brigadier marqués de Casa Cagigal
Batallón nº 2 del Regimiento de Saboya	Teniente coronel Antonio Olaguer Feliú
Batallón nº 2 del Regimiento de Sevilla	Teniente coronel conde de Argelesso
Batallón nº 2 del Regimiento Princesa	Teniente coronel Juan Roca
Brigada II	Brigadier Juan Manuel de Cagigal
Batallón N° 1 del Regimiento de Zamora	Coronel y brigadier José Avellaneda
Batallón N° 2 del Regimiento de Zamora	Teniente coronel Bernardo Salgado
Batallón nº 1 del Regimiento N° 1 de Cataluña	Coronel Benito Panigo
Brigada III	Brigadier Domingo de Zalazar
Batallón nº 1 del Regimiento de Córdoba	Coronel José de Sotomayor
Batallón nº 2 del Regimiento de Córdoba	Teniente coronel Diego de la Peña
Batallón nº 2 del Regimiento de Toledo	Teniente coronel Sebastián de Palomar
Brigada IV	Brigadier coronel Guillermo de Vaughan
Batallón nº 2 del Regimiento de Guadalajara	Teniente coronel Nicolás de Morales
Batallón nº 2 del Regimiento de Murcia	Teniente coronel Gaspar Bracho
Batallón nº 1 del Regimiento de Hibernia:	Ayudante mayor Enrique White Sebastián de Palomar

Fig. 2. Composición de la escuadra naval y el ejército españoles en la expedición de conquista y ocupación de Santa Catalina (1776-1778). Fuente: elaboración propia.

Tras dieciocho días de travesía la escuadra naval rebasó las islas Canarias y, tanto el marqués de Casa-Tilly como Pedro Cevallos, enviaron al gobernador de Santa Cruz de Tenerife dos informes en los que indicaban que todo estaba yendo según lo previsto y que

la tripulación se mantenía unida.⁹ Esta sería la primera y última vez que en la correspondencia de los comandantes se hacía saber que el ambiente a bordo era favorable.

Llegados a este punto, los oficiales obtuvieron el permiso para abrir el pliego que se les había entregado al embarcar y que contenía las instrucciones a seguir durante toda la navegación. En él se reconocía a Pedro Cevallos como:

Comandante General de esta expedición por Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias de Buenos Aires, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, de las ciudades de Mendoza y San Juan de Charcas y de todos los pueblos y territorios de la Audiencia de Charcas, su presidente y superintendente general de todos los ramos y productos de la Real Hacienda.¹⁰

En diciembre, y tras una gran tormenta, treinta buques y con ellos unos 1400 hombres, se extraviaron. Tras ello, y sin saber con exactitud el estado de la escuadra de guerra, Pedro Cevallos se enfrentó a una de las decisiones más trascendentales: ¿Qué territorio asaltar primero: Río Grande de San Pedro, Santa Catalina o Colonia Sacramento? Tras evaluar la situación y recordar el enorme interés de Carlos III y sus ministros por conquistar Santa Catalina, el comandante decidió comenzar por ella.¹¹

Las dudas sobre la pertinencia de atacar primero la isla pronto se hicieron notar entre los oficiales a bordo, siendo el primer y gran conflicto entre el comandante de la expedición y el comandante de la escuadra. El intercambio epistolar entre el I marqués de Casa-Tilly, Pedro Cermeño y Pedro Cevallos nos ha permitido conocer los argumentos de ambas partes en este trascendental asunto.¹²

Pedro Martín Cermeño García de Paredes, mariscal de campo y segunda autoridad del ejército, y Francisco Javier Everardo-Tilly, jefe de la escuadra, argumentaron las razones por las que era conveniente atacar Santa Catalina en algún momento de la expedición, pero esgrimían que no podía ser el primer objetivo si antes no se cumplían una serie de premisas, como por ejemplo que todos los miembros de la tropa gozaran de buena salud al momento del ataque, que tuvieran una más que suficiente reserva de víveres y, lo más determinante, que con anterioridad existiera constancia de cómo era el terreno y dónde podrían desembarcar de forma segura (Arana, 1937:355-358). Estas objeciones fueron presentadas a Pedro Cevallos, pero, lejos de convencer al comandante, lo único que consiguieron fue que aumentase su recelo sobre un posible boicot o resistencia a la hora de asaltar la isla.

El enfrentamiento entre el comandante naval y el comandante jefe de la expedición propició que el ambiente entre los oficiales comenzase a ponerse cada vez más hostil, llegando a crear dos bandos bien diferenciados. Por un lado, estaban los que defendían que la decisión de Cevallos era la más lógica, ya que el puerto de Santa Catalina era el más amplio para desembarcar y con su conquista darían por finalizada la amenaza portuguesa en las posesiones del Río de la Plata. Por otro lado, los partidarios de Casa-Tilly y Cermeño mostraban su temor por la falta de información sobre el estado defensivo de la isla (Sanz Tapia, 1983: 318-322). A pesar de la disconformidad latente entre parte de la tripulación, Cevallos sabía que el comando absoluto de la expedición recaía en él y decidió seguir con su plan.

⁹ AGS. Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. n° 107.

¹⁰ AHN, Diversos colecciones, leg. 32, exp. n° 24, f. 3r.

¹¹ Biblioteca Nacional de España (BNE), Manuscritos, leg. 21829, exp. n° 4.

¹² Cermeño y Casa-Tilly eran parientes por línea materna y compartían el apellido García de Paredes.

Acatando las ordenes de su superior, el 29 de enero de 1777 el I marqués de Casa-Tilly dio la orden de poner rumbo a la isla. No obstante, Cevallos seguía guardando un gran recelo y el temor de que sus planes fueran desoídos lo llevó a sospechar que la ruta que estaba tomando la escuadra naval no era la adecuada y no dudo en reclamar a Francisco Javier que esa no era la dirección que había que tomar para ir a Santa Catalina. Sumamente ofendido porque se hubiera puesto en duda su profesionalidad, Casa-Tilly alegó que esa era la ruta que estaba prevista en las instrucciones de navegación y solicitó que a partir de ese momento todas las comunicaciones entre él y Cevallos fuesen de oficio y se reflejasen por escrito. La respuesta de Pedro no se hizo esperar, en ella apelaba al buen entendimiento y armonía que el monarca les había recomendado en las Reales Órdenes.¹³

A pesar de estar rumbo a la isla y a sabiendas de que la relación con su superior no pasaba por su mejor momento, Casa-Tilly decidió enviar a Cevallos otro informe con nuevos argumentos. En esta ocasión alegó que, seguramente, Portugal ya habría anticipado su llegada y habrían reforzado sus defensas en la isla. Además, mencionaba que el ataque duraría alrededor de un mes y que si el resultado no era el esperado tendrían que refugiarse en el Río de la Plata debido al mal temporal, lo que supondría un grave peligro para los navíos y el ejército. La propuesta de Francisco Javier era esperar hasta que tuvieran noticias sobre el estado defensivo de la isla y si no llegaban, como el presuponía, atacar primero Montevideo.¹⁴ Esta vez la respuesta que recibió no fue tan conciliadora como las veces anteriores.

A pesar de que Cevallos era el mando máximo de la expedición y podía tomar las decisiones que considerase oportunas sin necesidad de tener la aprobación de su comandante naval, debatió en numerosas ocasiones con el marqués y le intentó hacer ver la conveniencia de ir primero a la isla, pero al ver que iba a ser imposible que entrase en razón decidió no perder más el tiempo y en su respuesta apeló al honor y a la vergüenza y tiró por tierra sus argumentos afirmando que:

El invierno de este clima que, es cuando reinan los vientos sudoestes, no empieza sino a mediados de mayo, de que por haber estado muchos años en la Provincia de Buenos Aires tengo bastante conocimiento y experiencia y por consiguiente siendo hoy el día 1º de febrero nos quedan todavía tres meses y medio de tiempo.

Nos hallamos tan cerca de la Isla de Santa Catalina que con los vientos favorables que hemos tenido y tenemos se puede prudentemente discurrir que a más tardar estaremos en ella dentro de diez o doce días.

Aunque sólo Dios es el Dueño de los sucesos y sabe lo por venir, yo según lo poco que alcanzo soy de parecer que no sólo tenemos bastante tiempo para evacuar el objeto de la isla de Santa Catalina y llegar al Río de la Plata en la buena estación, sino sobrado.

Ignorando los portugueses nuestro designio no parece verosímil que abandonen todos los puertos principales del Brasil, incluso el de la capital del Janeiro para juntar todas sus fuerzas en la Isla de S.ta Catalina y estando repartidas en muchas partes como es natural, parece que racionalmente se puede conjeturar muy asequible esta empresa.¹⁵

¹³ Archivo General de Indias (AGI), Estado, leg. 84, exp. nº 8, f. 1.

¹⁴ AGS, Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. nº 312.

¹⁵ AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 41.

Cevallos dejó claro que sabía los inconvenientes a los que se enfrentaba, pero que también era su deber sobreponerse a ellos. A su vez, le reveló a Casa-Tilly sus verdaderas intenciones: «Conquistar la isla de Santa Catalina y lo que de ella depende en tierra firme en todo febrero y alguna parte de marzo, en lo que queda de éste y abril hacer lo posible de desembarazarme del Río Grande, y en el de mayo pienso presentarme al frente de la Colonia».¹⁶

En otras palabras, Pedro le manifestó a Francisco Javier que si le hacía caso y esperaba hasta tener noticias fiables del estado de la isla jamás iba a lograr los objetivos que tenía previstos. Además, por si le quedaba alguna duda o tenía la intención de rebatirlo, sentenció: «Debe ejecutar mis órdenes según su tenor, y puntualmente y en consecuencia de esto es menester que se siga el rumbo a Santa Catalina».¹⁷ A Casa-Tilly no le quedó más remedio que obedecer las órdenes de su comandante. Esta vez, sin replicar.

La insistencia y terquedad del I marqués de Casa-Tilly durante toda la trayectoria levantó sospechas entre los oficiales. Tanto fue así que en el bando más afín a Cevallos comenzó a surgir el rumor de que, tras enterarse del plan de atacar primero Santa Catalina, los navíos de Casa-Tilly habían comenzado a disminuir su velocidad. Para ellos esta fue una estrategia del jefe de escuadra para perder tiempo y que, debido al riesgo de fuertes temporales a partir del mes de abril, se tuviera que descartar el ataque a la isla. Sumado a esto, los detractores de Francisco Javier lo acusaban de haber sido el culpable de la perdida de los buques en diciembre, ya que había ordenado un cambio de rumbo cuando había poca luz y las señales no eran visibles desde todos los buques (Rico Bodelón, 2013: 287). ¿Qué interés podría tener Francisco Javier en que se extraviara parte de su escuadra? Las razones que esgrimían sus enemigos eran que el marqués quería que se forzase una parada en la isla de la Ascensión para esperarlos y malgastar el poco tiempo del que disponían y, además, mermar la tropa para que Cevallos no tuviera la fuerza suficiente para cometer el ataque.

El 8 de febrero de 1777, la información que las fuerzas españolas tanto habían deseado sobre el estado defensivo de la isla llegó de forma inesperada. Ese mismo día avistaron la fragata marchante portuguesa *Lúcia Afortunada* y la obligaron a rendirse. En ella encontraron gran cantidad de dinero, pero lo más importante fue una serie de cartas en las que se detallaban los preparativos defensivos que el ejército portugués estaba haciendo en Santa Catalina, la composición de sus regimientos y su escuadra y la falta de víveres que estaban experimentando (Mosimann, 2003: 62). Estas eran las noticias que los componentes del bando de Casa-Tilly tanto habían solicitado como requisito indispensable para poder atacar la isla y, ahora que ya las tenían, su resistencia se vio abocada a la desaparición.

La semana siguiente, concretamente el 16 de febrero, se avistó por fin la costa de Brasil. La fragata Santa Margarita informó que la escuadra portuguesa estaba compuesta por cuatro navíos de línea, cuatro fragatas y tres embarcaciones, un número bastante inferior al que la tropa española esperaba.¹⁸ La tarde del 17 de febrero, las fuerzas españolas y portuguesas se encontraron en mar abierto (D'Almeida, 1942: 93-94). Casa-Tilly dio órdenes para organizar las embarcaciones en formación de combate y el general de la escuadra de Portugal, Mac Douall, informó que había tantas embarcaciones enemigas que «foi impossível contá-las», por lo que decidió esperar el momento propicio para atacar.

En los días posteriores la escuadra portuguesa se acercó de manera considerable a la española, llegando a estar a dos leguas de distancia.¹⁹ Ocurrió entonces un hecho que hasta

¹⁶ AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. n° 41.

¹⁷ AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. n° 41.

¹⁸ AGI, Buenos Aires, leg. 541, exp. n° 98.

¹⁹ AHN, Diversos colecciones, leg. 32, exp. n° 24, f. 8r.

el momento resultaba inédito: Pedro Cevallos siguió los consejos de Casa-Tilly. En opinión del marqués, la intención de los rivales era entretenér a la escuadra para que no llegase a Santa Catalina y ver si así podían capturar algunos barcos españoles, por lo que él consideraba que la mejor opción era seguir la navegación hacia la isla y defender el convoy de transporte rodeándolo con los navíos y fragatas de guerra.²⁰ Y así lo ordenó Cevallos.

Empero, el primer acuerdo entre comandantes no tuvo ocasión de desarrollarse, ya que la noche del 19 los rivales abandonaron sus puestos y nunca llegó a producirse ningún combate entre las fuerzas españolas y las portuguesas. Los motivos de la retirada de la flota portuguesa los encontramos en la carta que el comandante de la escuadra le envió al virrey del Brasil comunicándole que no había podido encontrar ningún flanco por el que atacar y que la gran desigualdad entre las tropas lo había obligado a abandonar la defensa de Santa Catalina, ya que la victoria era inviable y las perdidas personales y materiales serían numerosas. Para el comandante portugués lo acertado en ese momento era huir y reservar fuerzas para ataques posteriores (Rico Bodelón, 2013: 300-301).

Para los españoles que fueron testigos de la huida portuguesa la verdadera razón por la que dejaron desprotegida la isla fue el miedo que sintieron ante la gran escuadra naval y al estar frente a frente con Pedro Cevallos, el famoso comandante que había triunfado años atrás en Río Grande San Pedro y en Colonia Sacramento (Miranda, 2004: 100-101). Incluso el I marqués de Casa-Tilly reconoció que «La conquista de esta isla y su puerto ha sido tan breve [porque] consternadas sus guarniciones y habitantes al terror de las armas de nuestro soberano dejaron en nuestro poder sus fortalezas, ciudad y terrenos, huyéndose de ellas precipitadamente».²¹

El 20 de febrero de 1777, la escuadra española, compuesta por alrededor de cien embarcaciones, llegó al puerto catalinense sin resistencia portuguesa, sin apenas inconvenientes y sin pérdidas considerables.²² En contra de lo que defendió hasta el último momento Casa-Tilly, la decisión de Carlos III, de sus ministros y de Cevallos parecía haber sido la más acertada: habían conseguido conquistar con éxito la isla de Santa Catalina.

DESEMBARCO Y PERMANENCIA EN LA ISLA: UN AMBIENTE HOSTIL

En el momento de máxima tensión entre las tropas españolas y portuguesas, Cevallos y Casa-Tilly consiguieron enterrar el hacha de guerra y trabajar codo con codo para lograr un resultado favorable, pero, tras desembarcar, el agitado ambiente que había habido durante la travesía volvió a florecer.

Nada más pisar Santa Catalina, Pedro Cevallos mantuvo una correspondencia con José de Gálvez, secretario de Estado del Despacho Universal de Indias y máximo responsable del gobierno en América, donde le expresaba la enorme disconformidad que tenía con la actitud que el marqués de Casa-Tilly había tenido durante toda la navegación y que seguía teniendo una vez establecidos en la isla. Además, indicó que el marqués se había negado a trasladar al Estado Mayor en el navío *El Poderoso* hacia Montevideo por no tener más bocas que alimentar. Por ello, Cevallos lo calificó de «miserable» y afirmó que tanto le había «quemado la sangre a la venida que me iría primero en una barca de pescadores que volver en su navío».²³

Pedro también dio a conocer a Gálvez que Francisco Javier tenía la intención de viajar con toda la escuadra a Montevideo, pero él no creía que eso fuese conveniente. Pri-

²⁰ AGI, Estado, leg. 84/8, exp. nº 8.

²¹ AGS, Hacienda, leg. 1058, exp. nº 9.

²² AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 12.

²³ AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 3.

mero, porque consideraba que el puerto de Santa Catalina era lo suficientemente seguro y cómodo para resguardarse del invierno y, en segundo lugar, porque si permanecían ahí podrían encontrar la escuadra portuguesa y derrotarla. Sin embargo, para Casa-Tilly las dimensiones del puerto no eran suficientes para albergar una flota del tal tamaño.²⁴ Cevallos guardaba la esperanza de que el jefe de escuadra siguiera sus órdenes, pero estaba preparado para que «si no bastasen las persuasiones», lo obligaría, empleando para ello unos términos con los que el marqués tendría que claudicar.²⁵ La relación entre ambos comandantes parecía estar completamente rota.

Uno de los conflictos que más repercusión tuvo entre ellos ocurrió poco después, cuando Cevallos tomó la decisión de devolver a los esclavos negros que habían sido secuestrados y escondidos por los marineros en los navíos de guerra. Pedro estaba convencido de que habían sido ocultados en los barcos de transporte del convoy y ordenó que se registraran todos y cada uno de ellos. Cuando estas noticias llegaron a Casa-Tilly pronto se apresuró en negar todas las acusaciones y defender que no había ningún hombre secuestrado en sus buques. Según el marqués, era en los cuatro buques a los que días atrás se les había ordenado que fuesen a Río de Janeiro donde había «un diluvio de negros y de negras».²⁶ Tras la pertinente investigación, se descubrió que, tal y como había defendido Francisco Javier, en sus buques no había ningún esclavo negro.²⁷

Las acusaciones a Casa-Tilly continuaron y se endurecieron cuando él y Pedro Cevallos salieron de la isla rumbo a continuar las conquistas por la Banda Oriental. Durante el viaje, el marqués decidió que tenían que hacer una parada en Montevideo para reparar algunos navíos y obtener víveres para soportar el resto del camino. Tras varios días, a Cevallos le pareció que llevaban demasiado tiempo en este territorio y comenzó a sospechar que quizás su jefe de escuadra estaba haciendo contrabando de aguardiente y por ello estaba demorando la salida. Tantas eran sus sospechas que llegó a informar a José de Gálvez de sus conjeturas:

No creo que su venida y demora sea como algunos piensan, con el fin de vender una crecida cantidad de barriles de aguardiente, que aseguran haber embarcado de noche en la Bahía de Cádiz en el navío *San Dámaso*, que manda su yerno Don Francisco de Borja. Yo no lo aseguro esto en parte ni en todo, porque no me consta con evidencia, pero atendida su codicia y la particularidad con que me han comunicado estas noticias, es muy verosímil que sean ciertas. Mas si acaso por un objeto tan bajo e indigno ha querido venirse a este puerto atrasando la gloria de una armada tan poderosa como la que tiene a su orden y las grandes ventajas del Real Servicio que, sin oposición ni resistencia alguna, no podía menos de sacar estando en el destino que dejó dicho, qué concepto se puede formar del carácter de este hombre.²⁸

Tras regresar a la isla, la reputación socioprofesional de Casa-Tilly sufrió el revés definitivo. Esta vez su oponente sería Guillermo de Vaughan, quien meses antes había sido designado para dirigir la ocupación, proteger la isla, examinarla minuciosamente, elaborar los planos, agrupar a los desertores portugueses y fomentar la pesca de ballenas. Todo comenzó en junio de 1777, cuando Francisco Javier Everardo-Tilly se estaba preparando para abandonar de nuevo Santa Catalina y enfrentarse a los portugueses. Para ello le

²⁴ AGI, Estado, leg. 7420, ff. 27-30.

²⁵ AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. n^o 1.

²⁶ AGI, Estado, 84, leg. 8, exp. n^o 54.

²⁷ AGI, Estado, 84, leg. 8, exp. n^o 63.

²⁸ AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. n^o 40.

solicitó a Vaughan que le entregase todas las reservas de víveres disponibles para abastecer a la tropa en tan ardua misión. En ese momento los almacenes de alimentos estaban bajo mínimos y Vaughan, aun siendo consciente de ello, decidió obedecer para que la escuadra pudiera confrontar a los portugueses en las mejores condiciones. Vaughan no iba a dejar a los marineros sin comida, pero Casa-Tilly parece que no tuvo tal consideración con los que se quedaban en tierra, ya que abandonó la isla dejando a todos los que se quedaban en ella con una gran escasez de víveres, indefensos al llevarse todos los cañones y faltando a su palabra, ya que no llegó a atacar a los portugueses.

Meses atrás, Cevallos, quien ya conocía al marqués, había informado a Vaughan de la conveniencia de: «conservar con el general [de la Real Armada] la mejor armonía».²⁹ Pero tras lo sucedido, Vaughan escribió a Cevallos informándole de que había intentado llevarse bien con el jefe de escuadra, pero que le había sido imposible. Además, describía la situación por la que sus soldados estaban pasando:

He reconocido la isla por mar y por tierra con los ingenieros, y por tierra no temo otra cosa que escasez, la que según las apariencias no dista mucho. La tropa no ha comido ración completa, ni comido una onza de carne fresca desde que está en la isla, y está reducida ahora a libra de harina por día, y aún ésta se acaba dentro de treinta. Los oficiales están tres y cuatro días de seguido sin carne, y para aumentar más la miseria, sobornan a los pescadores desde el continente, de modo que los recursos están disminuyendo diariamente, y estamos sin sal, azúcar y aceite.³⁰

Si durante la primera navegación el marqués ya había recibido una importante oposición por parte de la tripulación, este hecho le granjeó la enemistad de todos aquellos que le culpaban de las penurias por las que estaban teniendo que pasar tras su marcha. Lo cierto es que, meses atrás, Casa-Tilly había avisado a Cevallos de que había riesgo de que si no enviaba alimentos a la isla la escuadra podría perecer y expresó su temor de que esto sucediese si no se daban prisa.³¹ El marqués era plenamente consciente de la situación de la isla y, aun así, decidió marcharse y dejar a sus compatriotas expuestos, achacando la situación a la dejación de Cevallos y librándose de toda culpa.

Ante la desesperación y el temor de un motín, Guillermo de Vaughan escribió al secretario Gálvez y a Pedro Cevallos detallándoles la situación y acusando a Casa-Tilly de todos sus males. Unas semanas después, Cevallos le envió la remesa de víveres que tanto tiempo llevaban esperando.

CONSEJO DE GUERRA: PASADO, PRESENTE Y FUTURO EN JUEGO

La vuelta a Cádiz de la mayor parte de las fuerzas españolas se produjo a lo largo del verano de 1778. En los últimos días que la tropa estuvo en la isla, la decepción y el enfado de Pedro Cevallos con los hombres que habían apoyado a Francisco Javier llegó a su punto más álgido. El caso más drástico lo encontramos en la mano derecha del marqués, Pedro Cermeño, a quien retiró el trato personal y lo obligó a abandonar su camarote en *El Poderoso* y reinstalarse en la saetía (Arana, 1937: 370).

Francisco Javier Everardo-Tilly llegó al puerto gaditano el 29 de julio de 1778 a bordo del navío *San José*. Dos meses después, el 17 de septiembre, haría lo propio Pedro Cevallos,

²⁹ AGI, Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 34.

³⁰ AGI, Buenos Aires, leg. 543, exp. nº 58.

³¹ AGI, Estado, leg. 84/8, exp. nº 8.

quien había pasado la mayor parte de la travesía indisposto, ya que «no era ya tan mozo como lo era en los primeros [viajes]».³² Debido a ello, tuvo que hacer reposo en la ciudad durante varios días. Cuando su salud se lo permitió inició su viaje hacia la Corte con la intención de informar al rey del éxito de la expedición y de las múltiples trabas que Casa-Tilly había puesto durante toda la campaña. Sin embargo, su mala salud hizo que tuviese que permanecer durante dos meses en Córdoba, donde el 26 de diciembre encontraría la muerte (Rico Bodelón, 2013: 543-544).

Cevallos falleció sin poder informar personalmente a Carlos III de la conducta de Casa-Tilly durante la campaña militar, pero eso no eximiría de responsabilidades al marqués. Gracias a la continua correspondencia del comandante de la expedición con la Corona y al testimonio de múltiples testigos, el monarca pudo conocer la gravedad de las acusaciones que se habían hecho contra el comandante de la escuadra y ordenó que los hechos fuesen minuciosamente examinados en un Consejo de Guerra.

Francisco Javier Everardo-Tilly llevaba menos de una semana en tierra firme cuando recibió la Real Orden donde se le informaba de que, a pesar de haber realizado con éxito todas las tareas que le habían sido encomendadas, su postura discrepante durante la misión y sus continuas afrentas con el comandante general y el comandante de Santa Catalina debían ser juzgadas en un Consejo de Guerra (Gómez Vizcaíno, 2020: 63). Los cincuenta y un años que el marqués llevaba al servicio de la Corona en la Real Armada española y los múltiples honores y concesiones de las que disfrutaba hicieron que «aunque es de Ordenanza el arresto de cualquiera cuya conducta se examine en Consejo de Guerra y quiere el Rey dispensar de esta formalidad en ningún arresto, ni aun en su casa, con este general, mandando solo se mantenga en la Isla de León mientras se concluye este asunto». El 1º marqués de Casa-Tilly así lo hizo, esperó en la isla de León hasta el 23 de noviembre de 1780, día en el que se celebró la vista a bordo del navío *Santísima Trinidad*.

La composición de los jueces del consejo fue: Antonio Rodríguez Valcárcel y Miguel Gastón, tenientes generales; Antonio Posada, jefe de escuadra; Juan de Soto y Aguilar y Manuel de León, brigadiers y José Beanes, Domingo Perler, Alberto Olaondo, capitanes de navío.³³ Todos ellos bajo la presidencia de Luis de Córdoba, director general de la Real Armada. Actuó como fiscal Buenaventura Moreno, mayor general.

En este Consejo no solo estaba en juego el proceso de promoción socioprofesional de Francisco Javier Everardo-Tilly, sino también el honor de su linaje. Su defensor, Juan José García Gómez, teniente de navío de la Real Armada, comenzó su alegato preguntándose:

¿Hasta cuándo ha de gemir oprimida la inocencia?, ¿hasta cuándo han de pre-
valecer el engaño y la impostura? Hasta hoy, feliz día, en que va a celebrarse con el
apoyo de la Justicia el triunfo de la verdad [...] ¿Por qué me he de acobardar?, ¿Qué
es lo que tengo que hacer? Defender a un ilustre general, ¿examinado el proceso que
cargos le resultan? Ninguno [...] Entro animoso en la empresa bien asegurado de
las más felices resultad, por estarlo de que los famosos hechos de este general, no
solo le justifican, sino que le constituyen acreedor de los mayores elogios.³⁴

La defensa se esforzó sobremanera por justificar todas y cada una de las decisiones y actitudes del marqués de Casa-Tilly en el marco de la conquista y ocupación de Santa Catalina. Detalló las razones que esgrimía Francisco Javier para ir antes a Montevideo

³² AGI, Buenos Aires, leg. 543, exp. nº 21.

³³ BNE, Fondo anterior a 1958, R/62235.

³⁴ BNE, Fondo anterior a 1958, R/62235, ff. 1-2.

que a la isla y sostuvo que si hubieran atacado a los portugueses «pudiera haber sido crítica la situación». De igual forma, narró la virulencia de los temporales que habían tenido que soportar en las costas de Brasil y las averías que supusieron en varios navíos de la escuadra. Su discurso se cimentó en dos puntos claves: las decisiones del marqués estaban sustentadas en los años que llevaba en la Real Armada española, es decir, la experiencia lo respaldaba y, en segundo lugar, la expedición había terminado en un éxito encomiable, lo cual sería en parte gracias a la actuación de Casa-Tilly. Tras todo ello, García Gómez concluyó:

¿Qué hallarán V.EE. que no sea admirable? Ella es la conducta de un General, que no conoce otras sendas que las de los héroes: Una conducta que debe servir de modelo para expediciones de igual entidad y que no todos son capaces de imitar. Una conducta envidiada por muchos, igualada de pocos, excedida de ninguno.³⁵

Finalmente, el 27 de enero de 1781, los jueces del Consejo votaron de forma unánime y se eximió de toda culpabilidad a Francisco Javier Everardo-Tilly. El 12 de junio de 1781 el Rey aprobó la sentencia y se declaró oficialmente «absuelto el mencionado marqués de Casa-Tilly de los cargos que se le han hecho».³⁶

Francisco Javier no solo logró salir airoso del Consejo de Guerra que podría haber puesto fin a su carrera profesional y a su promoción social, sino que salió reforzado de él, ya que Carlos III le concedió la distinción honorífica de Gentilhombre de Cámara con derecho de entrada (Ortega del Cerro, 2022: 118).

La expedición del Río de la Plata fue una de las últimas campañas navales en las que participó el I marqués de Casa-Tilly. En los años posteriores su salud se resintió, teniendo que retirarse en infinidad de ocasiones a su vivienda de Cartagena para recuperarse. Empero, esto no sería un freno para su proceso de promoción socioprofesional, ya que en los últimos años de su vida ostentó cargos de importancia como los de capitán general de Marina en el Departamento de Cartagena y en el de Cádiz y capitán general de la Real Armada, el de mayor rango al que podía acceder. El final de su historia llegaría tan solo cinco años después, el 11 de diciembre de 1795, cuando falleció en su morada a la edad de ochenta y tres años.

CONCLUSIÓN

Cuando Carlos III y sus ministros comenzaron a dar forma al plan para atacar los territorios ocupados por Portugal en América del Sur pensaron en dar la comandancia general y la naval a dos de los militares que más experiencia y triunfos guardaban en sus espaldas, pero con lo que seguramente no contaban era que el fuerte carácter que los caracterizaba y que había sido clave para llevarlos a las cimas más altas de poder, también propiciaría un ambiente de continua rivalidad y lucha de egos.

90 días duró la calma en la escuadra naval española, el tiempo que tardaron en salir de Cádiz y rebasar las islas Canarias. En ese momento, la tripulación conoció las instrucciones y los objetivos de la expedición y comenzaron los primeros descontentos. El marqués no tardó en encabezar el bando que se mostró completamente en contra de atacar primero la isla de Santa Catalina. Cabe destacar que, meses atrás, Pedro Cevallos bien pudiera haber liderado esta corriente de opinión, ya que él mismo defendió ante

³⁵ BNE, Fondo anterior a 1958, R/62235, f. 78.

³⁶ Archivo Museo Don Álvaro de Bazán, Cuerpo General, leg. 620/242.

Carlos III lo ventajoso que sería ir primero a Montevideo. Empero, Cevallos terminó compartiendo las ideas de su rey.

El hecho de que el comandante jefe, aun ostentando el mando de la expedición, se esforzase sobremanera por contrarrestar cada uno de los argumentos que Casa-Tilly esgrimía en sus continuos informes sobre la inconveniencia de sus decisiones nos es reseñable. Los datos que hemos manejado hasta el momento no nos permiten saber con certeza si Pedro Cevallos antepuso los deseos de su rey a su juicio propio, pero lo cierto es que pocos meses antes había defendido con esmero los mismos razonamientos que Casa-Tilly. Finalmente, Cevallos, por convicción o complacencia, escogió la opción que los llevó a la victoria.

Cevallos y Casa-Tilly habían participado en multitud de combates, pero esta era la ocasión perfecta para demostrar su valía y poner el broche de oro a sus trayectorias. Si conseguían realizar con éxito la misión su futuro socioprofesional estaría asegurado, sin embargo, si fallaban, sus vidas, su reputación y el favor del rey correrían grave peligro.

La llegada a Santa Catalina, lejos de poner fin al conflicto de egos, lo endureció. Durante los meses que duró la ocupación fueron constantes las acusaciones que se hicieron sobre su persona, y ya no solo por parte de Cevallos, sino también por el comandante de la isla y los soldados que estaban en ella. La gravedad de estas denuncias, ciertas o no, causó un gran revuelo en la Corte y las consecuencias no se hicieron esperar.

Casa-Tilly llegó a Cádiz con el honor y el mérito de quien acababa de realizar la mayor expedición de conquista hasta la época, pero la dicha le duro poco. La resistencia que había puesto a la autoridad que en ese momento representaban sus comandantes le costó un año de su vida profesional, paralizada a causa de un Consejo de Guerra que, si no llega a ser por la encomiable labor de su defensa, podría haber puesto fin a tantos años de servicio en la Real Armada.

El papel determinante del I marqués de Casa-Tilly en la campaña naval quedó plenamente comprobado en la sentencia que dio lugar a su absolución y los testimonios de los testigos que aseguraban que sin el buen hacer del comandante de escuadra el desenlace de la misión hubiera sido diferente. No obstante, como la profesionalidad no solo se mide en resultados, es importante estudiar el conjunto de hechos que permitieron, o entorpecieron, su buen desarrollo. En este trabajo hemos puesto de manifiesto cómo al ambiente de crispación, nerviosismo e irritación de la tripulación durante una campaña de tal envergadura se sumaron los continuos enfrentamientos entre los mandos, lo que llevó al límite a sus protagonistas y puso en peligro la empresa en más de una ocasión. Por ende, si el resultado de la expedición de Santa Catalina terminó siendo favorable para los españoles fue a pesar de las trabas que sus responsables pusieron durante todo el proceso.

El final de la invasión española en Santa Catalina llegó con el artículo 22 del Tratado de San Ildefonso (1777), donde se estipuló la devolución de la isla a los portugueses. De esta forma Carlos III pudo recuperar su prestigio político y militar, Cevallos ascendió a capitán general de los ejércitos antes de fallecer, Francisco Javier Everardo-Tilly salió reforzado socioprofesionalmente y posteriormente le fue concedida la Gran Cruz de la Real Orden de Carlos III y Pedro Cermeño fue ascendido a teniente general.³⁷ Tres años de conflictos sociales, profesionales y territoriales que terminaron beneficiando a cada una de las partes que tomaron partido en ellos.

³⁷ AHN, Estado Carlos III, exp. nº 358.

BIBLIOGRAFÍA

- ARANA, Enrique (1937), *Expedición de don Pedro de Cevallos al Río Grande y Río de La Plata*, Porto Alegre, Livraria do Globo.
- ARRIBAS ARRANZ, Filemón (1930), *La expedición de D. Pedro de Cevallos y la fundación del Virreinato del Río de la Plata, 1776-1778*, Valladolid, Alleu.
- BARBA, Enrique Mariano (1988), *Don Pedro de Cevallos*, Madrid, Cultura Hispánica.
- BERTOCCHI MORÁN, Alejandro Nelson (1997), «Don José María de Salazar y la Banda Oriental del río Uruguay», *Revista de Historia Naval*, nº 56, pp. 21-31.
- BEVERINA, Juan (1936), *La expedición de Don Pedro de Cevallos (en 1776-1777)*, Buenos Aires, Rioplatense.
- BRACCO NAHSON, Diego (2008), «El virrey Pedro Cevallos. Historia de un gobernante gaditano en el Río de la Plata», *Andalucía en la historia*, nº 19, pp. 82-85.
- CARBALLO, Daniel (1869), «La expedición militar de don Pedro Cevallos al Río de la Plata», *Revista de España*, Tomo x, pp. 350-375.
- COSTA PEREIRA, Carlos da (1984), *História de São Francisco do Sul*. Florianópolis, Universidade Federal de Santa Catarina.
- D'ALMEIDA, José (1942), *Vice-Reinado de D. Luiz D'Almeida Portugal. 2º Marquez de Lavradio. 3º Vice-Rei do Brasil*, São Paulo, Companhia Editora Nacional.
- DA CONCEIÇÃO, Adriana Angelita (2008), «A invasão castelhana na Ilha de Santa Catarina em 1777 na escrita epistolar do 2º marquês de Lavradio», *Mneme. Revista de Humanidades*, vol. 9, nº 24, pp. 1-13.
- FERNANDES PINHEIRO, José Feliciano (1839), *Anais da Província de São Pedro*, Petrópolis, Vozes Ltda.
- FONTES PIAZZA, Maria de Fátima (1978), *A invasão espanhola na ilha de Santa Catarina*, Tesis doctoral, Universidade de Brasília.
- GIL MUNILLA, Octavio (1949), *El Río de la Plata en la política internacional. Génesis del Virreinato*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- GÓMEZ VIZCAÍNO, Juan Antonio (2020), «El capitán general de la Armada Francisco Javier Everardo de Tilly y el departamento marítimo de Cartagena de Levante (1790-1792)», *Revista de Historia Naval*, nº 148, pp. 57-80.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel (2007), *Una rebelión contra la Intendencia. El motín de Santa Cruz de Tenerife de 1720*, Tenerife, Ediciones Idea.
- LESSER, Ricardo (2005), *La última llamarada. Cevallos, primer virrey del Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique y Magdalena de Pazzis PI CORRALES (2022), «La Investigación en la Historia Militar Moderna. Realidades y perspectivas», *Revista de Historia Militar*, nº extraordinario, pp. 123-169.
- MIRANDA, Antônio Luiz (2004), «Os espanhóis na Ilha de Santa Catarina», en Ana Brancher y Solvia Fávero (eds.), *História de Santa Catarina, Séculos XVI a XIX*. Florianópolis, Universidade Federal de Santa Catarina, pp. 93-109.
- MOSIMANN, João Carlos (2003), *Ilha de Santa Catarina. 1777-1778. A Invasão espanhola*, Florianópolis, autoedición.
- NIETO CERVANTES, Ana Rosa (2024), «La idea de familia distinguida del 1 marqués de Casa-Tilly a través de la reconstrucción genealógica y la representación heráldica (siglo XVIII)», en María Teresa Marín Torres y Francisco Precioso Izquierdo (eds.), *Practicar la distinción, crear memoria. Espacios y medios de proyección del pasado familiar (siglos XVII-XIX)*, Murcia, Editum, pp. 41-60.

- ORTEGA DEL CERRO, Pablo (2022), «Auge y caída en la Armada: identidades y trayectorias de los marqueses de Casa Tilly (siglos XVIII-XIX)», en Sergio Bravo Sánchez, Álvaro Bueno Blanco y Francisco Hidalgo Fernández (coord.), *De la Fortuna a la Adversidad. Prácticas y discursos en la construcción de identidades sociales en la Monarquía Hispánica, ss. XVI-XIX*, Madrid, Dykinson, pp. 109-134.
- PIAZZA, Walter Fernando (1983), *Santa Catarina: sua história*, Florianópolis, Universidade Federal de Santa Catarina.
- PIÑER, Carlos Antonio (2021), «Cevallos y la gran expedición al Plata. Su época y las operaciones militares Atlánticas», *Calacuerda. Revista de estudios históricos militares de la Sociedad de Historia Militar*, nº 7, pp. 29-54.
- RICO BODELÓN, Óscar (2013), *La ocupación española de Santa Catarina (1777-1778). Una isla brasileña para Carlos III*, Tesis doctoral, Universidad de Salamanca.
- RODRIGUES CABRAL, Oswaldo (1987), *História de Santa Catarina*, Florianópolis, Lunardelli.
- SANZ TAPIA, Ángel (1983) «El origen de la institución virreinal ante el caso concreto del virreinato del Plata», *Trabajos del VI Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*, pp. 457-481.
- SANZ TAPIA, Ángel (1994), *El final del Tratado de Tordesillas: La expedición del virrey Cevallos al Río de la Plata*, Valladolid, v Centenario del Tratado de Tordesillas S.A.
- VIERA FILHO, Dalmo (2001), *Santa Catarina 500: terra do Brasil*, Florianópolis, A Notícia.

Fuentes primarias

Archivo General de Indias

- Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 1.
 Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 3.
 Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 12.
 Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 34.
 Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 40.
 Buenos Aires, leg. 57, exp. nº 41.
 Buenos Aires, leg. 541, exp. nº 98.
 Buenos Aires, leg. 543, exp. nº 21.
 Buenos Aires, leg. 543, exp. nº 58.
 Estado, leg. 84/8, exp. nº 8.
 Estado, leg. 84/8, exp. nº 54.
 Estado, leg. 84/8, exp. nº. 63.
 Estado, leg. 7420.

Archivo General de la Región de Murcia

- Familias, leg. 58178, exp. nº 2.
 Protocolo notarial, leg. 6085.

Archivo General de Simancas

- Hacienda, leg. 1058, exp. nº 9.
 Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. nº 27.
 Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. nº 28.
 Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. nº 107.
 Sección Guerra Moderna, leg. 6833, exp. nº 312.
 Sección Guerra Moderna, leg. 6836, exp. nº 139.
 Sección Guerra Moderna, leg. 6836, exp. nº 144.

Archivo Histórico Nacional

Diversos colecciones, leg. 32, nº 24.

Estado Carlos III, exp. nº 358.

Órdenes Militares Caballeros de Santiago, exp. nº 2806.

Órdenes Militares Caballeros de Santiago, exp. nº 2807.

Biblioteca Nacional de España

Fondo anterior a 1958, R/62235.

Manuscritos, leg. 21829, nº 4.